

Biografía



Sor María del Sagrado Corazón.

María Louisa Martin.

22 de Febrero, 1860-19 de Enero, 1940

“Sí, amado Padre, te glorificaremos como mereces ser glorificado, siendo santos” - Sor María del Sagrado Corazón

Escrito cerca: R. Hann

María Louisa Martin nació en Alencon, Francia, el 22 de Febrero de 1860. María fue la primera de los nueve hijos que tuvieron Luis y Celia Martin. Llamaron a su hija María en honor a Nuestra Señora. Tristemente, cuatro de los hijos murieron siendo niños. María fue bautizada por el Padre Lebouc en la Catedral de Saint Pierre-de-Montsort el 23 de Febrero de 1860.. Su padrino de bautismo fue su abuelo Isidore Guérin, y su madrina fue su tía María Louisa “Élise” Guérin. Su espíritu era fuerte y valiente, pero su madre siempre vio el otro lado “extraordinariamente tierno corazón”. El temperamento de María era directo y franco. Su familia la apodaba “La Gitana”, aunque años más tarde, su padre se referiría a ella como su amado “Diamante”.

En Octubre de 1868, María entró en Internado de la Visitación, en Le Mans (Francia) a la edad de 8 años. Su amada tía, la Sor María-Dositea, era una monja que enseñaba en el internado. La Hermana le dio consejo espiritual y moral durante su vida de estudiante en el Internado de la Visitación. Debido a la grave enfermedad de su tía, la Primera Comunión de María fue adelantada un año. María rezó constantemente a San José para que intercediese en la curación de su tía, y no se resignó a aceptar su muerte como la voluntad de Dios. En su lugar, quería intentar cambiarla. El 2 de Julio de 1869, las oraciones de María recibieron respuesta, y la Sor María-Dositea fue testigo en su Primera Comunión, viviendo siete años más. Fue uno de los días más felices de la vida de María, ya que ahora estaba en unión con Jesucristo. Cuando acababa el día, empezó a lamentar que todo había acabado demasiado pronto. La madre de María escribió a la Sor María-Dositea; “María parece reservada y tímida; bajo su timidez hay un corazón de oro”. En 1869, María recibió la Confirmación, adoptando el nombre de Josefina, en honor de San José, por su intercesión en la curación de su tía. María y su hermana Paulina cantaron en la Iglesia, y su familia siempre destacó la belleza de su voz.

El 4 de Enero de 1873, cuando su hermana más joven Teresa fue bautizada, María fue su madrina. Ese mismo año, María contrajo el tifus, y fue mandada a casa desde el Internado de la Visitación. Sufrió una larga enfermedad, con varias recaídas. Sus padres hicieron vigilia por ella, mientras permanecía enferma. El 5 de Mayo de 1873, después de casi tres semanas de sufrimiento, el padre de María hizo en peregrinaje de 18 millas a pie hasta la Iglesia, rezando y ayunando por su curación, en un valiente esfuerzo por salvar su vida. Durante esta época de enfermedad, la madre de María dijo: “Puede que un día tengas que ocuparte de tus hermanas pequeñas y de la casa, después de mi muerte”.

El 2 de Agosto de 1875, María completó sus estudios. Entró en la Lista de Honores varias veces, y recibió seis premios de primera clase, como la “Cruz de la Excelencia”, durante sus años en el Internado de la Visitación. María hizo la siguiente reflexión sobre su experiencia en la escuela: “Oh si no hubiera tenido a mi tía, a quien no quería herir, nunca hubiese permanecido siete años tras esas

rejillas”. Cuando María volvió definitivamente a casa, su madre escribió a la Sor María-Dositea: “María es ahora mayor; tiene una personalidad muy seria, no tiene ninguna fantasía de juventud. Estoy segura de que, cuando yo falte, llevará muy bien la casa, haciendo todo lo posible para educar a sus hermanas pequeñas y darles buen ejemplo”. Tras completar sus estudios, María volvería periódicamente a la escuela para asistir a retiros espirituales.

La madre de María, Celia, decidió hablarle sobre la posibilidad de contraer matrimonio, lo cual le disgustó mucho. María dijo a su madre que “no se casaría nunca, y le suplicó que no volviese a sacar el tema”.

María, su madre y sus otras dos hermanas fueron en su último peregrinaje espiritual juntas a visitar a Nuestra Señora de Lourdes, para pedirle que curase el cáncer de pecho que sufría Celia, Pero no pudo ser, por lo el cáncer no se curó. María prometió a su madre que cuidaría de sus hermanas. Su madre le dijo “Continua dedicándote de forma creciente a tus hermanas. Piensa que, al observarte, tendrán un buen modelo al que imitar” María tenía 17 años cuando su madre murió, el 28 de Agosto de 1877. Mientras el cuerpo de Celia era velado por familia y amigos, María sintió la necesidad de estar junto a su madre varias veces, y dijo “Nunca me cansé de mirarla. Parecía tener 20 años. Pensé que era bella. Tuve una sensación sobrenatural al estar junto a ella. Sentí, que no había muerto realmente, sino que estaba más viva que nunca.”

Tras la muerte de Celia, la familia se mudó a Lisieux, en Noviembre de 1878, para estar más cerca de la familia materna. Decidieron llamar a la nueva casa “Les Buissonnets”, que significa “Los Bosques”. Al hacer la transición a su nueva vida en Lisieux, María describió su situación de esta manera: “Finalmente nos hemos asentado en Lisieux, en un hogar encantadoramente situado, con un gran jardín en el que mis hermanas pequeñas pueden jugar”. Toda la familia siguió participando en actos de caridad para los necesitados de Lisieux. Los mendigos se acercaban a la casa para pedir comida, ropa y dinero; y la familia siguió ofreciendo ayuda no sólo a los que se acercaban a su casa, sino que ellos visitaban a aquellos que no podían moverse. María hizo la siguiente reflexión: “¡Cómo deseo salvar almas! Pero para esto, tengo que ser santa, ya que sólo los santos controlan su corazón”.

Como María prometió a su madre, se hizo cargo de los deberes de la casa, y ayudó a su tía con las cuentas del negocio, mientras sus hermanas menores iban al colegio. Durante este tiempo, María acompañó a su padre en varios viajes a Paris, para cerrar el negocio de encajes que tenía Celia, así como asistir a misa durante Semana Santa. María y su familia hicieron diferentes peregrinajes a sitios sagrados en Francia durante su infancia.

María supervisó la educación de sus hermanas, dándoles un buen ejemplo a seguir “se ocupó de forma constante y cariñosa de sus hermanas”. María ofreció a Dios que sus hermanas sólo le servirían a Él. Les enseñó a escuchar sus enseñanzas, y como conseguir estar abiertos espiritualmente a Su voluntad, que Él ha puesto ante sus hijos. Su hermana pequeña dijo: “María era tan elocuente, que su espíritu noble y generoso parecía pasar al mío... La amaba tanto que no soportaba no tener su dulce compañía”. Años después, también dijo: “Sentí que Paulina y María eran las más tiernas y sacrificadas madres”. María confiaba constantemente en la intercesión de su Santa Madre del Cielo para cuidar a sus hermanas, como dejó escrito a su padre: “Confío más en la protección de mi Santa Madre que en mis pobres esfuerzos, para completar bien la transformación de mis pobres hermanas”. Ella usaba ejemplos de la vida cotidiana para ilustrar a sus hermanas las virtudes de llevar a cabo una vida en Cristo. Así, María les diría: “Mirada los tenderos, cuantos problemas se dan a sí mismos para hacer dinero, mientras que nosotras podemos amasar tesoros para el Cielo sin tanto problema; tan sólo necesitamos reunir diamantes con un rastrillo”. María solía sentar a Celina y Teresa en sus rodillas y leerles libros espirituales e instrucciones, esforzándose en integrar en sus almas el confort de vivir en el amor de Dios. Continuó enseñándoles como uno puede alcanzar la santidad siendo fiel a las cosas más pequeñas. Así describió Teresa a María y sus enseñanzas: “Creo que su espíritu grande y generoso ha pasado al mío.. Como los viejos guerreros enseñaron a sus hijos el arte de la lucha, ella me enseñó los combates de la vida, despertando mi entusiasmo y dirigiéndome a la palma gloriosa. María también habló de las riquezas inmortales que tan fácilmente podríamos amasar cada día; sobre el infortunio de pisotearlas bajo nuestros pies cuando sólo tenemos que agacharnos para recogerlas. Lamenté ser la única que escuchase sus profundas enseñanzas; estaba convencida de que hasta los más grandes pecadores se convertirían si pudiesen escucharla, y que, al abandonar sus riquezas percederas, sólo buscarían las del Cielo”. María les enseñó “el dominio de uno mismo y el espíritu sobrenatural de sacrificio. Atractivas comparaciones vestían la austeridad del requerimiento divino que llevaban a ser bienvenidos sin causar temor”. María también usaba historias para interesar a sus hermanas en salvar almas. Tenía un “corazón de madre”, como sentían sus hermanas; les explicaba que la manera de ser santo es siendo fiel a cosas pequeñas. María tuvo la premonición de que Dios cuidaría de sus hermanas como niños, en vez de llevarlas por el camino del sufrimiento.

Después de que Paulina, la segunda mayor, entrase en el Monasterio Carmelita de Lisieux en Octubre de 1882, María tomó control total de la educación de sus hermanas pequeñas, no sólo en asuntos espirituales, sino en su educación básica escolar. Se uniría a sus hermanas en el rezo antes de ir a la cama. Tuvo un corazón generoso y lleno de amor hacia ellas.

Cuando Teresa tenía 10 años sufrió una enfermedad desconocida que amenazó su vida. María nunca se alejó de ella, cuidándola y confortándola con ternura de madre, nunca perdiendo la paciencia ante los problemas. María y el resto de las hermanas se arrodillaron junto a la cama y rezaron a Nuestra Señora de la Sonrisa, pidiendo su intercesión en curarla. Tras esto, María observó que la apariencia de su hermana cambiaba durante 5 minutos, por lo que creyó que su hermana estaba curada. La milagrosa curación tuvo lugar el 13 de Mayo de 1883. Teresa dijo sobre María: “Gracias a Marie y a sus oraciones debo la gracia de la sonrisa de la Reina del Cielo”; y “María demostró una resignación maravillosa, la cual glorificó a Dios. María sufrió mucho por mí, y estoy inmensamente agradecida por todos los cuidados que dio. Su corazón le dijo lo que necesitaba; un corazón de madre sabe más que el de un doctor, sabe lo que su hijo enfermo necesita”.

Una de las tareas de María era preparar a su hermana para su Primera Comunión, para lo que la ayudó constantemente a entender el Catecismo.

María deseaba servir a Dios convirtiéndose en monja, pero tenía reservas hacia la clausura. Esperaba una señal del Cielo antes de entrar en el Monasterio Carmelita, a pesar de que todo el mundo le dijo que la señal no iba a tener lugar. Cuando tenía 22, María conoció al padre Almire Pichon, quien oficiaba una misa. Le confesó su deseo de ser monja y sus dudas acerca del compromiso total. Él le pidió que escribiese una lista con todas sus opiniones acerca de la vida religiosa y el porqué no se sentía preparado para servirle como monja. María escribió 8 páginas con sus pensamientos y los discutió con el padre Pichon durante una hora, tras la cual, ella se sintió “atrapada en las redes de la divina misericordia”, tomando la decisión de servir a Dios como monja. Ésta era la señal que buscaba: “Jesús me ha mirado con un amor especial”. El 17 de Abril de 1882, el padre Pichon se convirtió en el guía espiritual de María, y el 25 de Marzo de 1885, ella hizo el voto de castidad. Pronto, María confesó a su padre que iba a entrar en el Carmelo, lo que inicialmente le entristeció profundamente. Tras abrazarla, le dijo “Dios no me podía pedir un sacrificio más grande. Creí que nunca me abandonarías.”. María preparó a Celina para que cuidase de la casa y de su hermana pequeña.

El 1 de Agosto de 1886, el padre Pichon le escribió desde Canadá: “Después de rezar mucho, creo que soy el interprete de Nuestro Señor dándote la señal de partir, de salir de Egipto. Ve rápidamente con un corazón gozoso a esconderte en Su Corazón”. María fue a Calais a ver al padre Pichon, antes de entrar en el convento. Esperó allí dos días, antes de viajar a Douvres, encontrándole en Paris finalmente, ya que hubo un malentendido en la fecha de regreso del padre Pichon. El 7 de octubre de 1886, María visitó fue con su familia a visitar la tumba de su madre por última vez, en Alencon.

El 15 de Octubre de 1886, María entró en el Monasterio Carmelita de Lisieux, con 26 años, recibiendo el nombre de Sor María del Sagrado Corazón. Su tío Isidore escribió a María: “Por ti, querida, Él esconde las rosas, sólo aparecen las espinas, y Él las esparce abundantemente a tus pies. Ellas hacen invisible el camino que tienes que seguir. Sin embargo, debes avanzar sin girar tu cabeza, siendo guiada por la débil voz, cuyos pequeños suspiros distingues entre los truenos de la tormenta que golpean tu corazón”. El 19 de Marzo de 1887, María hizo su profesión final y recibió el hábito. En Febrero de 1888, recibió una carta de su hermana antes de su profesión: “Querida hermana, no puedes imaginar cuanto te amo y cuanta felicidad te deseo aquí en la Tierra. Eres amada por el Sagrado Corazón de Jesús, cuya amada esposa pronto serás” En esta época, Teresa también ingresó en el Monasterio Carmelita.

El 22 de Mayo de 1888, María hizo su profesión, y su hermana pequeña le colocó una corona de rosas en la cabeza. Su profesión final significó “una confirmación de la corona eterna que le esperaba en el cielo”. María agradeció a su padre los regalos que donó al Monasterio Carmelita, prometiéndole que no le defraudaría: “Oh tú, el mejor de los padres, que das a Dios sin contar el coste de toda la esperanza de tu ancianidad. Tuya es la gloria, una gloria que no perecerá. Sí, amado padre, te glorificaremos, como mereces ser glorificado, convirtiéndonos en santas. Tú no merecerías menos que eso”.

En Diciembre de 1894, María pidió a la Madre Inés de Jesús, que pidiese a su hermana pequeña que escribiese sus memorias de la infancia. Thérèse empezó su manuscrito en Enero de 1895, y fue dado a la Madre Superiora un año después. En 1895, la hermana pequeña de María, se acercó y le preguntó si ella se convertiría en “víctima del misericordiosísimo amor de Dios”. Su primer instinto fue negarse a esta petición, como mencionó: “Claro que no, ya que si me ofreciera de víctima, Dios me tomaría la palabra, y tengo mucho miedo a sufrir. Además, lejos de inspirarme, la palabra víctima siempre me ha producido rechazo.” Pero, poco después de la negativa de María a la petición de su hermana, Teresa le explicó que cuando te ofreces como víctima del amor de Dios, es diferente de rendirte a Su Justicia: “No siempre significa un aumento del sufrimiento, sino que te da la habilidad de amar más a Dios.” María estaba convencida e hizo la oblación al misericordioso amor de Dios”. María encontró su vocación y fue Amor.

En los años venideros, María se dedicó a un “extenso grupo de amigos y benefactores al Carmelo. Ella demostró ser una de las más ardientes apóstoles de el Acto de Oblación.” Cada vez que podía, María introducía su “Oblación de Amor” con toda persona a la que escribiese. Entre el 8 y el 17 de Septiembre de 1896, María pidió a su hermana pequeña, que escribiese otro manuscrito sobre su “cercanía a Dios”. Teresa acompañó su manuscrito con una carta en la que expresaba la influencia de María en su vida: “Esta niña, que ofreciste a Nuestro

Señor, y que se dirige a ti esta tarde, es la que te quiere como el niño que ama a su madre... Oh querida hermana, deseas conocer los secretos que Jesús confía a tu hermana pequeña; sin embargo, me doy cuenta de que Él confía en ti, ya que tú me enseñaste a recoger las instrucciones divinas” También escribió: “¡Qué felices somos al entender los secretos de Jesús! Si tú me escribieses lo que sabes de ellos, que maravillosas páginas leeríamos. Pero sé que prefieres guardar los secretos del Rey para ti. Me has dicho que “es honorable confesar y revelar las obras de Dios”, sin embargo, creo tienes razón al guardar silencio, ya que es imposible expresar los secretos del Cielo en palabra de la Tierra”.

Marie ocupó diferentes posiciones en el Monasterio: asistente en la enfermería, jardinera, rectora y la oficina de tesorería (procuradora), desde 1894 a 1933. También tuvo la tarea de iniciar a las nuevas postulantes en las maneras del Carmelo. A pesar que María y sus hermanas estaban internadas juntas en el Monasterio del Carmelo, tenían muy poco tiempo para estar juntas, mientras se ocupaban de las necesidades de otras hermanas.

Cuando Teresa entró en Carmelo, María le enseñó las costumbres del Monasterio, a lo que expresó: “Cuando te encuentro, me pareces un ángel... Eres un AGUILA, llamada a volar en las alturas y mirar al sol, rezar por los pequeños y débiles juncos del fondo del valle, que la más pequeña brisa dobla”

En 1915, María escribió a su hermana Leonia en Caen: “Supongo que cuando estemos en el Cielo y pensemos en la vida terrenal, nos parecerá un sueño, una noche pasada en una mala taberna. Sí, eso es nuestra vida aquí abajo, y siento, como tú, llena de valor para subir la montaña de la perfección, ya que sé bien que Jesús me llevará en Sus brazos, si Le doy toda mi confianza”.

María sufrió artritis reumatoide y desde el 29 de Abril, todo el año de 1923, su artritis atacó a sus músculos y constriñó seriamente su habilidad de funcionar normalmente. Su enfermedad fue a más a lo largo del año, y fue confinada a una cama de la enfermería, siendo trasladada en una silla de ruedas. Su inhabilidad para moverse, fue la peor penitencia para ella, ya que era muy generosa e independiente. Sufrió la enfermedad durante 26 años.

Hacia el final de 1924, María sufrió severamente de neumonía, haciendo que sus hermanas pensarán que ella podía morir. María supo que no iba a morir, pero creyó que sus vida iba a ser mucho más difícil de ahora en adelante. El 25 de Enero de 1929, fue trasladada de su celda a la enfermería de forma permanente, sus piernas y pies se habían hinchado de forma permanente y estuvo plagada de llagas durante 11 años.

En sus últimos años, María permitió que expresasen mucho opiniones diferente enfrente de ella durante la recreación, sin hacer ningún juicio verbal a favor o en contra de esas percepciones; mantuvo su “Oblación de Amor” incluso durante

los momentos más duros. Cuando no pudo soportar más el sufrimiento, ella diría: “Rezar es el estado de mi alma. Le suplico a Dios noche y día; Dios mío, ayúdame ¡Apresúrate a ayudarme!”. Y para persuadirle más, añadió “Tú, que eres mi tierno esposo, ten misericordia de mí”. María siempre tuvo la salvación de almas en mente, diciendo: “Soy como alguien encadenado. Estoy encadenada y constreñida; mis brazos me duelen. Pero se lo ofrezco al buen Dios, para que algún pobre alma no esté encadenada y perdida por toda la eternidad”.

María pudo ser oída llorando en su celda mientras lloraba por la salvación de almas, usando su dolor físico como ofrenda a Dios para que tuviese misericordia de las almas perdidas. El 15 de Octubre de 1936, María celebró su Jubileo de Oro. Recibió como regalo de una de sus hermanas carmelitas una acuarela, que reflejaba a su hermana pequeña coronándola el día de su profesión con un autógrafo del Papa Pio XI.

El 8 de marzo de 1937, María recibió el Sacramento de la Extrema Unción. Sabía que su tiempo en la Tierra casi había terminado y luchó con valor para ofrecer a Dios su sufrimiento para salvar almas. En Junio de 1939, escribió su última carta a su hermana de Caen: “Iremos juntas al Cielo, y el camino es tan largo que sentiremos los efectos del viaje. ¿Cuál de las dos entrará antes? Seguramente seré yo, la más enferma. Pero no quiero pedírselo a Dios porque ahora más que nunca tenemos la oportunidad de seguir salvando almas. Esto hace merecer la pena el dolor de seguir en la Tierra unos años más, si es Su voluntad”.

Tiempo más tarde, en 1939, María contrajo un resfriado con mucha tos, que acabó convirtiéndose en una pulmonía. Hizo su confesión final en la segunda semana de enero de 1940. El 18 de Enero de 1940, mientras María sufría la enfermedad, parecía estar en trance, hablando muy poco pero enfocada en Dios, y usando su sufrimiento para salvar almas, como describió: “¡Almas, almas... Hay tantas que no aman al Buen Dios, Oh, qué pena me da!” Entonces dijo: “Ah, ¿cómo es posible no amar a Alguien tan grande, tan poderoso, que hace todo por nuestro bien? Si fuera al infierno, le diría a Él durante la eternidad, ¡mi Dios, te amo!”.

El 19 de Enero de 1940, las últimas palabras de María fueron “Te quiero”, mientras besaba su crucifijo. Ese mismo día, a las 2:30 AM, mientras renovaba su Oblación de Amor, rezando el Padre Nuestro y el Ave María, fijó su mirada en Nuestra Señora de la Sonrisa, cuando inclinó la cabeza y murió. Tenía 79 años. La Comunidad fue llamada inmediatamente, siendo impactada por su mirada de gran paz y alegría.

Tras salir la Comunidad de la enfermería, sus hermanas prepararon el cuerpo para el entierro mientras el cuerpo de María permanecía allí. Paulina encontró la carta que le había escrito. Mientras lloraba junto al cuerpo de María, Paulina

abrió la carta y la leyó en alto. María le dijo que pasaría la eternidad haciendo que Dios fuera conocido por muchos, “El único Dios verdadero y Él al que has enviado. Eternidad no es lo suficientemente larga para que conozcamos la infinita bondad de Dios, su poder infinito, y su infinita misericordia, su infinito amor por nosotros. Éstos son nuestros deleites eternos, de los que nunca nos vamos a cansar, Nuestro corazón está hecho para entenderlos y para ser alimentado por ellos. Mi único deseo es perderme en Él”.

“La mañana de su muerte, y la semana siguiente, su hermana pequeña, inundada por olores misteriosos, entendieron como “la muerte de los santos es preciosa a los ojos de Dios”. El 23 de Enero de 1940, los restos de María fueron depositados en una tumba. Vivió en el Convento durante 53 años, alcanzando gran santidad. María nunca vio el mundo exterior hasta su muerte.”Su muerte, como su vida fue muy simple y muy santo”. Su amor por la libertad lo cambió por su amor al servicio. He encontrado a Jesús dentro de estas cuatro paredes, y al encontrarle, he encontrado el Cielo. “Rota por el reumatismo e impedida por el dolor, la querida madrina mantuvo hasta el final, junto a su ingeniosa originalidad, su valiente coraje, sin artificios, y su pasión por las almas. Somos felices muriendo, al haber pasado nuestra vida enamorados”.

“¡Cómo deseo salvar almas! Pero, para esto, una debe ser santa, ya que solo los santos tienen poder sobre el Corazón de Dios”

Sor María del Sagrado Corazón

Bibliografía

- Abbé Combes, ed. Collected Letters Of Saint Thérèse of Lisieux . (CL)
New York: Sheed & Ward, 1949.
- Baudouin-Croix, Marie. Léonie Martin : A Difficult Life. (LM)
Dublin : Veritas Publications, 1993.
- Beevers, John, trans. The Autobiography of St. Thérèse of Lisieux: Story of a Soul. (SS)
New York: Doubleday, 1957.
- Clarke, John, trans. St. Thérèse of Lisieux: Her Last Conversations. (LC)
Washington, D.C.: ICS Publications, 1977.
- Dolan, Albert H. Rev.. Collected Little Flower Works. Chicago: Carmelite Press, 1929.
- . The Little Flower’s Mother. Chicago: Carmelite Press, 1929. (CW)
- . God Made The Violet Too: Life of Léonie, Sister of St. Thérèse. (GV)